

El partido que se podía tener*

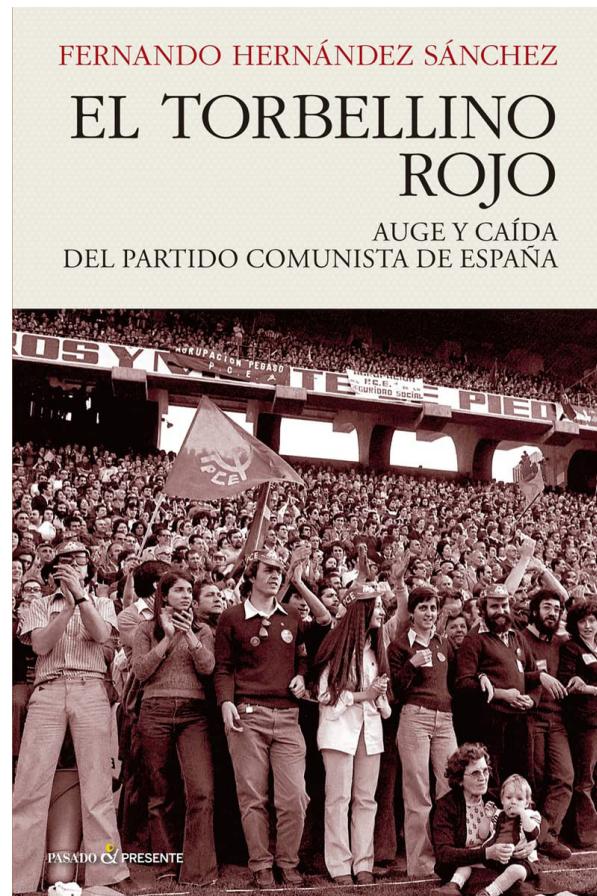
Xavier María Ramos Diez-Astrain
Universidad Complutense de Madrid

Al cumplirse cien años de la fundación del Partido Comunista de España han proliferado las reconstrucciones historiográficas de su trayectoria. Se ha expandido y actualizado muy notablemente la historiografía sobre el comunismo en el país, de tal forma que se han abordado nuevos períodos, se han usado nuevos enfoques y metodologías y se ha revisado la investigación previa para arrojar nuevas perspectivas. *El torbellino rojo. Auge y caída del Partido Comunista de España*, de Fernando Hernández Sánchez, editado por Pasado y Presente (Barcelona) en 2022, se inserta en este contexto, pero también en una larga tradición bibliográfica de su autor, de la que representa el penúltimo jalón^[1].

De un vistazo al catálogo expuesto pue-

*Reseña de: Fernando Hernández Sánchez, *El torbellino rojo. Auge y caída del Partido Comunista de España*, Barcelona, Pasado y Presente, 2022, 426 pp.

1.– En el momento de publicarse esta reseña está ya disponible su último libro, *Falsos camaradas. Un episodio de la guerra antipartidaria en España, 1947* (Barcelona, Crítica, 2024). Con anterioridad ha publicado obras sobre el comunismo en España como *Comunistas sin partido. Jesús Hernández, ministro en la Guerra Civil, disidente en el exilio* (Madrid, Raíces, 2007), *Guerra o revolución. El partido comunista de España en la Guerra Civil* (Barcelona, Crítica, 2010), *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)* (Barcelona, Crítica, 2015), *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco (1944-1950)* (Barcelona, Pasado y Presente, 2018), o, junto con Ángel Luis López Villaverde, *Camaradas de un comité menor. Una larga guerra civil (1936-1947)* (Madrid, Sílex, 2021).



de deducirse que *El torbellino rojo* está en continuidad diacrónica con los trabajos dedicados a la Guerra Civil y a la reconstrucción del PCE tras la misma, pero esto es una verdad relativa. El libro (que omite en su título el detalle de la cronología) atiende, efectivamente, a un periodo comprendido entre 1947 —fecha del referéndum de la Ley de Sucesión— y 1989 —fecha de la celebración del congreso de unidad PCE-

PCPE—. Los años finales, sin embargo, aparecen prácticamente como un epílogo y el grueso del trabajo se centra en el partido modelado por Santiago Carrillo (secretario general entre 1959 y 1982, pero inspirador de los rasgos del PCE desde bastante antes), a cuyo balance se vuelcan las últimas páginas del capítulo final. Se trata, en suma, de una obra sobre el carrillismo, que encarnó al mismo tiempo la lucha sin cuartel contra el Franquismo y la paulatina dilución de los fundamentos ideológicos, la estructura y los apoyos sociales del PCE en el altar de la consolidación de la democracia. Un periodo que, como resalta el propio Hernández Sánchez, sigue siendo controvertido en el partido centenario de los comunistas españoles.

La estructura de *El torbellino rojo* también evidencia un peso relativo de la cronología. Cada capítulo atiende a una temática distinta, especialmente en la primera parte de la obra, con la virtud de que su autor ha sido capaz de enlazar cronológicamente las diferentes materias. Así, en el primer capítulo el lector se encontrará con una panorámica de reconstrucción. Si algo se constata leyendo estas páginas es que volver a componer el aparato del PCE fue muy difícil, marcado no sólo por la represión, sino también por el agotamiento, por las carencias formativas de los nuevos cuadros (introducidos por los viejos militantes) que habían de articular estructuras invisibles y por las desconfianzas. Todo esto es importante para tener una comprensión cabal de qué era el PCE en los años cincuenta: no necesariamente la organización política que se quería y necesitaba, sino, por encima de todo, el partido que se podía tener en unas circunstancias adversas.

El segundo capítulo trata, precisamente, del proceso de incorporación al partido de nuevos miembros y, con ellos, de nuevos sectores sociales cooptados por la lucha antifranquista: intelectuales, estudiantes,

etc., que encontraron en el PCE un espacio de articulación combativa junto con su tradicional masa militante obrera. Las fórmulas organizativas, agitativas y de trabajo de masas ocupan parte de este capítulo, culminado con el examen de su contrapartida: la policía política. De hecho, esto da pie a uno de los capítulos más llamativos del libro, en el que Hernández Sánchez aporta una muestra de buen quehacer historiográfico. Se trata de la reconstrucción de la trayectoria de un militante discreto y eficiente que llegó a ser delegado en el Congreso de Praga de 1959. La singularidad del apodado «Talento negro» residía, no obstante, no en sus cualidades más reconocidas, sino en una faceta mucho más oscura: la de infiltrado del aparato represivo franquista. La lectura de este capítulo nos habla no sólo del sujeto en cuestión, sino de las labores policiales de infiltración en la oposición antifranquista y de cómo el historiador puede indagar en ellas.

El cuarto capítulo representa un claro salto temático al ocuparse de reconstruir algunos de los aspectos de la financiación del PCE procedente de Europa Oriental. Éste es uno de los temas que más alimento proporcionó en su momento al sensacionalismo y más sinuosidades ofrece hoy al investigador, dada la escasez y dispersión de las fuentes. Aun pese a esta limitación —un estudio complejo exigiría el examen de los archivos del este europeo—, el autor logra ofrecer un fresco sobre los mecanismos de financiación, directos e indirectos, en aprovechamiento de los cauces comerciales tendidos entre la España franquista y los países socialistas. Asimismo, muestra cómo éstos tenían una agenda propia que no siempre cuadraba con los objetivos de la lucha antifranquista y que fue motivo de fricciones.

Un nuevo salto temático acontece a partir del quinto capítulo. Comienza con otro

trazado biográfico, en este caso del médico Vicente Sentí, cuya doble faceta como sanador y como represor se exemplifica con su papel en la tortura, previa a la ejecución, de Julián Grimau. Esto da pie a Hernández Sánchez para hablar de cómo la dictadura continuó su guerra contra la oposición muchos años —décadas— después de finalizar los combates, incluso con métodos tan retorcidos como la falsificación de publicaciones comunistas. La inevitable evolución del régimen —pese al constante uso de la violencia— y la aparición de nuevas condiciones sociales, en ligazón con las propias transformaciones del partido, conllevaron una adaptación de su estrategia política y de la táctica utilizada para el desarrollo de su estrategia. El capítulo siguiente, por eso, atiende al diseño de la «política de reconciliación nacional», adoptada en Bucarest en mayo de 1956. La llegada de esta nueva línea de actuación, que enterraba prácticas como la lucha armada, implicó críticas por parte de algunos militantes, pero pronto se plasmó en acciones concretas dirigidas a vincular el PCE con grupos de protesta emergentes (como los estudiantes). El fracaso de iniciativas como la «Jornada de Reconciliación» o la «Huelga Nacional Pacífica» no desanimó a un PCE cuya dirección iba a perseverar en la búsqueda de puentes con todos los sectores políticos y sociales contrarios a la dictadura vigente apoyándose, entre otras cosas, en una nueva fórmula de lucha sindical: las Comisiones Obreras.

En el capítulo séptimo la narración se sitúa ya en el contexto posfranquista, marcado por un extraordinario auge de la movilización obrera, coartada durante décadas. El PCE se dispuso a ser un actor clave en el incierto camino que se abría tras la muerte del Caudillo. Para ello, el Comité Central del PCE, reunido en Roma, adoptó una modificación de la estructura del partido enfocada a las elecciones cuyas consecuencias

se iban a hacer notar con el paso del tiempo: la sustitución de las organizaciones sectoriales por agrupaciones, siguiendo el modelo de otros partidos. Éste fue uno de los puntos capitales de las discrepancias que poco a poco iban cristalizando en el seno del partido junto con los virajes estratégicos (cada más acusados). El octavo capítulo del volumen habla de ellos; concretamente, de cómo se perfiló un programa de «ruptura democrática» apoyado en la transacción con el bloque dirigente y cuyo horizonte, cada vez más y aclimatación discursiva mediante, se situaba en el terreno electoral.

La quiebra de numerosas expectativas (la «caída» a la que alude el título del libro) centra los últimos capítulos. Se trata de un políptico de sueños frustrados y decepciones de varias generaciones de militantes: los viejos y los nuevos métodos de trabajo, las constantes concesiones político-ideológicas, el abandono del leninismo (traumático para muchos en fondo y forma) o el enfrentamiento con la URSS. El descalabro electoral y el surgimiento de varias escisiones ortodoxas terminaron de sumir en la crisis al partido histórico de la oposición antifranquista, que no había sabido adaptarse a la nueva coyuntura ni rearticular sus objetivos más allá de la consolidación de una democracia que en las urnas le dio de lado. El último capítulo, además, hace una breve incursión en los posteriores ejercicios de memoria del PCE y en el papel que en ellos se asigna a Santiago Carrillo.

De este resumen se pueden deducir ya algunas virtudes de la obra. Con una prosa muy agraciada, Hernández Sánchez ha reconstruido los avatares de un PCE marcado por la clandestinidad y la necesidad de articular, sobre unas bases materiales de consistencia gelatinosa, una estrategia de lucha; asimismo, ha evidenciado los límites y contradicciones de este proceso. No se tra-

ta, plenamente, de un ejercicio nuevo, pero hay elementos de novedad muy claros. El hecho de situar el centro de atención en la militancia aleja a este libro, en parte, de los enfoques más tradicionalmente políticos. Sin duda es una obra que habla de política; no podría ser de otra manera. Pero explica el desarrollo político a partir de las contradicciones entre las miradas a largo plazo y la realidad palpable. El PCE desempeñó su labor en unas circunstancias extraordinariamente adversas —el régimen franquista, inspirado por sus equivalentes alemán e italiano, ha sido de los más represivos de la historia— con una militancia abnegada surgida, en esencia, del sustrato popular de la sociedad española y, por ende, con una abundancia de recursos económicos, sociales y formativos muy inferior a la de sus enemigos. Fue el gran partido del antifranquismo —«el Partido», a secas, para mucha gente—, pero dejó de lado muchos otros objetivos y su propio carácter como partido de cuadros. La mirada a la militancia que arroja Hernández Sánchez posibilita ver esto con claridad.

Un aspecto muy destacable del libro es su abundancia de fuentes. Se citan documentos de doce archivos, amén de numerosas publicaciones periódicas, memorias, aportaciones historiográficas, etc. El método de trabajo con las fuentes es soberbio, como ya se ha destacado en algún momento a lo largo de esta reseña. Ciertas fuentes, además, son muy novedosas; por ejemplo, las procedentes de la CIA. Quizá la ausen-

cia más destacada sea la de recursos procedentes de Europa Oriental. Hay que tener en cuenta que el comunismo es un movimiento eminentemente transnacional. Este libro avanza hacia el estudio del comunismo español en el contexto transnacional —frecuentemente minorizado en las investigaciones sobre el comunismo patrio—, pero no deja de aparecer dicho contexto como un elemento externo que debe tenerse en cuenta, más que como una composición más o menos orgánica. Apenas debe reprocharse esto a su autor, pues, en ningún caso, una obra única puede abordar en plenitud todas las facetas de un fenómeno. Y esta obra marida a la perfección con las que poco a poco van introduciendo ese análisis transnacional, con las que arrojan una mirada más política, con las que aportan contrapuntos o con las que, desde tiempos muy recientes, atienden de manera específica a la dimensión ortodoxa del comunismo español. Se trata, en definitiva, de una contribución indispensable tanto para conocer la historia del PCE como para entender la memoria actual, selectiva y oscilante, de este partido. Un partido que sigue existiendo, que ha variado sus líneas de actuación, que no ha terminado de encontrar su lugar preciso tras la crisis de finales los setenta y principios de los ochenta, y cuya relación con su propio pasado está lejos de estar zanjada; probablemente porque, como escribió Walter Benjamin, «sólo a la humanidad redimida le cabe por completo en suerte su pasado».